

SER ANALISTA HOY

ALGUNAS REFERENCIAS PARA PENSAR NUESTRO QUEHACER

MARCELO N. VIÑAR

El texto que sigue procede de las notas para una conferencia presentada en el Encuentro Franco—Latinoamericano de Confrontación en París, Febrero, 1980.

Fue, pues, pensado para ser dicho—escuchado no para ser leído. Su propósito era el de abrir una discusión y suscitar una controversia; no de presentar una reflexión acabada.

Algo del pensamiento que se transforma en dicho queda en el papel. Tan viviente cuando se piensa y escribe, comienza luego a agotarse y cuando se vuelve al texto, tiempo después, hay una sensación si no de ajenidad, por lo menos de lejanía.

Por eso es difícil volver sobre un texto procurado 5 años antes, y no he podido sino dejarlo sin modificaciones. No tuve duda al escribir, ni la tengo ahora al volver a leerme, que mi interlocutor imaginario era el Grupo analítico uruguayo más que el público presente. La marca del pasaje por la APU persistía a 5 años de tiempo y distancia. Por eso estoy muy reconocido a la Comisión de la Revista la iniciativa de su publicación.

Somos gente que trabaja muchas horas...

Procurarse el sustento, estar atentos a nuestros pacientes, estudiar y pensar, esto es, estar más o menos al día de lo que se dice y se escribe en nuestra disciplina, en sus fronteras y fuera de ellas..., escuchar y participar de lo que pasa en el mundo... guardar algún rincón en que seamos capaces de divertirnos y darnos el

tiempo para poder hacerlo...

Comprimir todo esto en una semana de 7 días se vuelve tarea compleja y nos sumerge en una vida intensa y de tiempos escondidos —tal vez la enfermedad del siglo XX— en que lo que acontece es mucho más de lo que podemos comprender y asimilar...

Es en ese lugar de agobio y de locura —alternativamente desestimado y reconocido— que surgen a veces las preguntas (en general tímidamente y en voz baja): ¿Qué busco? ¿Dónde estoy inscrito? ¿Dónde apunta lo que estoy haciendo?

Nacidas allí en esas interrogantes, las reflexiones que siguen no quieren o no pueden situarse sino en una franja limítrofe entre la conceptualización posible y el discurso confesional... o sintomático.

Ser analista en 1980... ¿qué preguntas se abren al cuestionamiento? Existe siempre el recurso de resolver el problema suprimiéndolo: normalizando la respuesta y obturando la interrogante.

Todos reivindicamos nuestra raíz y origen freudiano. Algunos buscamos un segundo apellido en M. Klein, en J. Lacan o algún otro autor de nuestra preferencia de mayor o menor prestigio y reconocimiento. No dudo que estos repères identificatorios son necesarios, pero: ¿son acaso suficientes?

Si concluimos allí, no estamos lejos de la posición del perverso que, con la constitución del fetiche, acaba con el enigma de las diferencias y resuelve su angustia empobreciendo la percepción de la realidad. De este mal padecemos al transformar la referencia teórica en sistema ideológico. Alivio que pagamos transformando el diálogo entre analistas en torre de Babel y —lo que es más grave— en una mutilación de la escucha del paciente.

Por consiguiente (y con la devoción debida a los maestros) interrogar nuestro quehacer en primera persona del singular me parece una actitud de absoluta pertinencia.

Preguntarse quién somos cuando hacemos lo que hacemos, cuando pensamos lo que pensamos, será el argumento de este texto, el lugar común que me servirá de eje en el desarrollo. Reflexión que aspira a la legitimidad y arriesga la arbitrariedad de una lectura para ofrecerse al desafío y a la confrontación de otras lecturas.

Ser analista hoy: cuatro polos de referencia me parecen poder sostener una lógica posible de desarrollo

- el de la práctica
- el de sus fundamentos teóricos
- el de la pertenencia institucional
- el del contexto sociopolítico

Estos cuatro ejes son —a mi entender— coordenadas mínimas y necesarias para interrogarse. Hitos de referencia de una estructura en que cada quien teje la trama de su trayectoria personal. Espacio virtual donde cada uno encuentra su esclavitud y su autonomía, su trama pasional, sus referencias identificatorias.

Mi desarrollo no pretende una coherencia sistemática. Me detendré solamente en los puntos que, a mí entender, son eficaces en la producción de *impasses* o de efectos de sentido.

DE LA RELACION DEL ANALISTA CON SU PRACTICA

Lo que se me hace relevante, como rasgos productores de sentido y consecuencias, son tres aspectos que quiero interrogar

- su carácter fascinante o cautivante
- su dimensión de encierro y soledad
- la exigencia de renuncia al cuerpo como cuerpo erótico y de acción.

Carácter fascinante o cautivante

Dimensión fascinante, cautivante, en su funcionamiento como imán, en el sentido de hipnosis y sugestión, (como Freud las trata en “Psicología de las Masas”). También en el sentido tóxico de una adicción. Pienso que hay una captura en la fascinación de nuestra práctica y que ella está ligada a la naturaleza del objeto en cuestión: el inconciente. En español el término *cautivo* resume bastante bien la ambigüedad de sentido, remitiendo por una parte a prisión y por otra a enamoramiento o relación estética.

Dimensión cautivante de la posición de voyeur privilegiado: ser los únicos cuya

mirada es admitida en lo más íntimo. Mirar allí donde cada quien dice de su goce y sufrimiento, de su horror y tontería. Ir más allá del muro de una sociabilidad hipócrita, banal y hueca, en una ilusión de veracidad, siempre prometida, siempre postergada y elusiva. Acceder por caminos difíciles al cogollo de la dignidad humana en su pequeñez. (Es allí donde nuestra función —vocación— se entronca con la del chaman y el sacerdote). Triste privilegio el de llegar a una cumbre siempre extraña y desolada... Demolición del narcisismo. Lugar de muerte... ¿Para renacer?

¿Goce del goce y del sufrimiento del otro? ¿Por qué elegir para gozar allí, de eso? ¿A qué constelación libidinal nos remite?

Sin la pretensión simplificadora de buscar una raíz unívoca a la Vocación de analista, quiero anotar lo que me parece una encrucijada.

Ser analista implica pasar por la constatación de lo dañado, de lo fallado en sí mismo. Y elegir como oficio la tentativa de reparar en el otro —con el otro— lo que se revela como irreparable en sí mismo.

Se trata pues de asumir una identidad que admite la falla como eje, que se constituye en la ilusión de hacer algo con la desilusión. Constatar esto en nuestro origen me parece pleno de consecuencias. Conviene recordarlo de tanto en vez. Puesto que bien sabemos que quien no rememora, repite. Y si la compulsión de repetición es eje en la teoría, ello Vale no sólo para el analizando sino para el analista en su tarea.

Dimensión de soledad y de encierro

No sólo en la dimensión de recogimiento de intimidad, que comparte con muchas otras prácticas, sino y sobre todo, en la paradoja de que cuando uno de los polos de la relación. el analizando, dice lo mas hondo de si, de su drama humano, de las mentiras y desconocimientos en que habita; al otro polo —en la función analítica— en su asimetría imprescindible, le es impuesta la prohibición de una reciprocidad abierta.

Mucho se ha hablado de la neutralidad del analista y de la función de su

silencio. Punto claro y seguro de la teoría y de la técnica. Pero lo claro y seguro y el inconciente no hacen buena pareja. Hay un silencio legitimo: el que crea el espacio para que surja la singularidad del analizando, en su sufrimiento y sus automatismos de repetición. Silencio que interpela el desgarró de su discurso y que abre el acceso a lo reprimido y desestimado de su ser singular. Esto define y especifica el diálogo analítico. Sin embargo, un dispositivo tan fecundo y creador no nos pone a salvo de su recuperación ideológica, esto es, de utilizar el silencio y la neutralidad como ocultamiento del vacío de discurso en el analista; de los puntos ciegos de su teoría y de su neurosis; de las contradicciones de su palabra.

Los dos silencios del analista —el funcional y el que es causado por su ignorancia— se juegan una y mil veces en cada proceso analítico. Cuando el analista obtura su ignorancia en la apariencia de un silencio funcional esto aparecerá como barrera en el desenlace de la cura. Aquí el problema técnico y el problema ético se anudan. Su simplificación en un solo registro harán del análisis otra cosa que la búsqueda a la apertura del inconciente.

Encierro y fascinación en la práctica. Se pueden argumentar exigencias de formación, propias a cualquier especialista. Se puede argüir la relación tiempo-dinero, tan marcante en nuestro oficio. Lo cual, a mi entender, deja de lado aspectos esenciales del problema, reduciendo a racionalización las justificaciones precedentes.

¿De dónde esta disposición alienante y “toxicómana” en nuestra relación con el trabajo? ¿De dónde esta dificultad a poder acceder a otro universo diferente del analítico? Poder disponer de una segunda vocación de Otro espacio, de otra tarea, más allá del quehacer analítico; suficientemente investido y válido por si mismo y no por su relación con el análisis. El analista juega así la imagen de un sabio, ya sea en la prestancia o en el aburrimiento y el escepticismo, que —a sabiendas o no— se sirve del pensamiento freudiano y de la leona analítica como ideología totalizante, como un panteísmo que ordena los sucesos del universo.

Si el inconciente es la segunda escena —así la designó Freud— conviene no olvidar de interrogarse sobre la primera, que es soporte y 2 andamiaje de esa otra escena del registro fantasmático.

Es bueno sorprenderse de los analistas en su dificultad para salirse de su universo propio. Pienso que de la práctica como droga —esto es, como falla al reconocimiento de una alteridad radical— surgen preguntas de efectos múltiples en

la historia del movimiento analítico.

¿Cuánto del imán de la práctica analítica no recubre y oculta nuestra fobia del afuera, de una protección o evitación de un mundo que bate de violencia?

Rechazo de la alteridad actuada por el analista en su vida y destino personal, que hará retorno en su práctica misma. ¿No es acaso una dificultad constante, renovada en cada sesión, el preservar la emergencia del inconciente como desafío y propósito fundamental del encuentro, para no pervertir la escena analítica en otro diálogo humano, que busque el camino más fácil de la sugestión, el apoyo y el maternaje?

Que uno pueda mantener el desafío o traicionarlo depende del reconocimiento de la alteridad radical del afuera.

La renuncia al cuerpo

Sabemos que la escena analítica privilegia, transcurre o se instituye en el área del lenguaje, en el campo de la palabra; en el tabú del cuerpo como cuerpo erótico y de acción.

Postura ésta que despliega, hace visible un abanico de fenómenos. Tomemos como referencia el texto clásico de los Artículos de Técnica (Rememoración, repetición y elaboración). En este texto Freud instituye el lugar de la palabra y del acto en su posición respectiva frente al deseo inconciente. Pienso que el descubrimiento freudiano merece también la pregunta a la inversa. Pregunta por el reverso para denunciar, al menos en un ejercicio dialéctico, el hecho de que la postura freudiana no es inocente ni inocua. Se me ocurre formularla en los términos siguientes: ¿qué es de lo humano lo que excluimos por definición, al instituir ese campo que privilegia la palabra y sólo ella?

¿Por qué no pensar, al contrario, que al instituir una escena, excluimos otra? Es inherente a la estructura de un saber el generar un no saber; como diría Bleger, comprender una conducta (la de poner en *marcha la máquina analítica*) es además entender su meta-conducta que le funciona como marco.

¿Por qué no pensar que nuestro modelo teórico, —que privilegia la especificidad del registro del fantasma, nos deja bastante desminuidos Para articular pensamiento y acción; para articular ciertas equivalencias entre distintas áreas de

realización humana? ¿O es que toda la dimensión de lo humano pasa por el campo de la palabra?

El acto, momento decisional de una elaboración, funciona en el trabajo clínico de la cura como “resto” que hace ruptura y que pone límite a la versatilidad infinita del fantasma. Olvidar la función de ese resto —límite inaccesible— sería instituir una escena analítica como una interioridad que suprime todo exterior. No es suficiente apelar a la “neutralidad” para desentendernos de ese ombligo.

Estatuir el privilegio del área mental es una necesidad del método. Talking—cure la bautizó Anna O. y Freud la escuchó al pie de la letra para fundamentar su teoría de la psicogénesis del síntoma. Recortar un campo y saber algo de lo que ese campo incluye y despliega no nos disculpa de interrogarnos sobre los efectos de lo que ese campo excluye. En lo que el psicoanálisis tiene para decir de la condición humana es necesario no confundir la necesidad del método —legítima— con una axiología de las consecuencias.

La acción como lugar cierto del riesgo, como encrucijada de destino, funciona como “resto” y “límite” para el registro fantasmático. La sobre-valoración del universo de las palabras, inherente a la escena analítica, puede llevar a rescindir de un compromiso con el “hacer” que es constitutivo del proyecto humano. El proceso analítico, por su naturaleza misma de palabra sin acto, es proclive a generar una economía perversa del discurso.

En un trabajo reciente, François Gantheret, se ocupa del tema de la violencia (que pone en paralelo al de Pasión y Locura) para interrogarse sobre la manera en que hace irrupción en el trabajo analítico y cómo interpela al psicoanálisis mismo. Y advierte del peligro de tratarlos como “hechos de lenguaje”, como domesticación en la razón de “hechos que son el negativo absoluto de la razón”. Toda nominación, prosigue Gantheret, es decir, toda elaboración hacia un concepto, funciona alrededor de un *resto*. La *palabra* no es la *cosa*, ella le falla necesaria e irremisiblemente. La cosa en sí es indesignable, se podría decir que ella es creada como horizonte inaccesible, por el hecho mismo del lenguaje. Sólo en la psicosis, Freud lo ha demostrado, la palabra es tratada como cosa. “La barra en el sistema *PREC Cc* separa y reúne la representación de cosa, hace de estas últimas, seres diferentes de los que reinan en el inconciente. Lo innombrable del inconciente... el excedente de la cosa sobre la palabra, hace del lenguaje el ejercicio mismo de una

invalidez...”

Sigamos con Michel Foucault:

“...Pues, todavía, en los poetas del siglo VI, el discurso verdadero, en el más intenso y valorizado sentido de la palabra, el discurso verdadero por el cual se tenía respeto y terror, aquél al que era necesario someterse porque reinaba, era el discurso pronunciado por quien tenía el derecho y según el ritual requerido; era el discurso que decidía la justicia y atribuía a cada uno su parte; era el discurso que, profetizando el porvenir, no sólo anunciaba lo que iba a pasar, sino que contribuía a su realización, arrastraba consigo la adhesión de los hombres y se engarzaba así con el destino. Ahora bien, he aquí que un siglo más tarde la verdad superior ya no residía más en lo que *era* el discurso o en lo que *hacía*, sino que residía en lo que *decía*: llegó un día en que la verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo, de enunciación, hacia el enunciado mismo; hacia su sentido, su forma, su objeto, su relación con su referencia...”(1)

Que toda palabra verdadera (se trata, claro está, de la verdad subjetiva y singular, para los límites de nuestro quehacer), está capturada entre el deseo y la ley, es un axioma conocido del desarrollo freudiano. Que todo el ser, en su existencia excéntrica a sí mismo pueda y deba pasar por la palabra es una extensión del concepto que concierne y debe interrogar la práctica analítica. Especialistas del deleite del encierro, de parteros del non—dit, podemos adquirir en el placer de la palabra liberadora la ilusión de que ella puede albergar y contiene todo el universo. Y olvidar que lo real es siempre extranjero y no identificable. Que su inquietante extrañeza funda el lugar del Otro, que siempre es fobígeno y fuente de angustia y de violencia.

Cuando el discurso se despliega en el análisis pretende abarcar y recubrir todo lo real; se fabrica un real abstracto que produce efectos de forclusión. El poder de la palabra, así concebida, instaura una homogeneidad reaseguradora. Cuando la realidad del acto comprime y traduce una economía del mundo pulsional al uso del fantasma como registro reductivo, la función desalienante del acto analítico se trastoca y recupera en un real identificable, reasegurador y tranquilizante, que mimetiza el espacio del idilio maternal: abrazo que en el mismo gesto protege y asfixia.

El prestigio actual del psicoanálisis lo hace propenso a funcionar como sistema y a los analistas como curas u obispos de una verdad preestablecida. Los

analizandos saben y recitan su doctrina y los analistas sufren o disfrutan el juego de lo especular ya sabido. Hay una acción inherente a la palabra, postula J. L. Austin (2) y opone el enunciado de constatación al enunciado performativo. Según Austin el acto de hablar supone tres gestos simultáneos:

1) Un acto locutorio donde se articulan y combinan sonidos y se evocan y reúnen las nociones representadas por las palabras.

2) Un acto ilocutorio donde la enunciación constituye *en sí misma* una cierta acción: un contrato social que compromete una transformación de la relación entre los interlocutores. Si prometo, el enunciado me remite a la consecuencia o inconsecuencia en el acto, que como acontecimiento, califica mi enunciado. Si interrogo, más que formular mi incertidumbre de saber, deformato una posición de sujeto ante la incógnita.

3) Un acto perlocutorio que va más allá del contenido de la enunciación (mensaje) y del conocimiento del código (lengua) y remite a las reglas constitutivas y normativas de la relación entre los locutores.

El enunciado de constatación no hace más que describir un acontecimiento, el enunciado performativo reclama una cierta acción por parte del locutor. “Lo performativo es aquella cualidad de la palabra intrínseca a su sentido que le permite cumplir la acción que se propone”. Sólo el lenguaje performativo es apto a la escena analítica en su vocación transformadora. La interpretación analítica pertenece al registro del acontecimiento y no al del relato.

Evoco aquí la distinción de José Bleger entre conflicto de divalencia y verdadero conflicto de ambivalencia y el trabajo pionero de Alvarez de Toledo sobre “El Asociar, el interpretar y las palabras”, que son pilares que cimentan la reflexión que propongo.

Para guardar ese carácter fecundante de la palabra en el análisis, el preservar un afuera de la escena del inconciente, como lugar de pasión, de creencia y de ilusión, consistentemente asumido y vivido, me parece profundamente antianalítico pero al mismo tiempo el único antídoto posible a la delectación mortífera del encierro. Construir ese afuera de pasión, de razón y sinrazón, es el único modo de tratamos de la toxicomanía que nos consume, de combatir lo homogéneo que nos amenaza. Construir este afuera, habitarlo, disfrutarlo y sufrir por sus contradicciones.

DE LA RELACION DEL ANALISTA CON LA TEORIA

Es claro que el psicoanálisis —como cualquier disciplina— implica un saber.

¿Con qué criterios definir sus características?

¿Dónde está la especificidad que legitima la posición del Analista?

¿Cuál es el saber que remite a la escucha del inconciente?

Trataré de no repetir fórmulas ya sabidas y apuntar algunos interrogantes que me cuestionan.

Tomemos como referencia —como siempre— la trayectoria freudiana. El acta de fundación de la teoría, se inscribe en un tiempo de la vida de Freud, donde convergen y se conjugan un trabajo consigo mismo —su autoanálisis— y una elaboración de su práctica clínica balbuceada durante una década.

Los descubrimientos de la transferencia y la resistencia requirieron, pues, esa conjugación de un saber sobre el otro y sobre sí mismo que el genio de Freud llevó a las consecuencias e impasses de que somos herederos. El camino del descubrimiento realizado por Freud es —idealmente— repetido en la formación de cada analista. Más allá de las desviaciones burocráticas —frecuentes pero contingentes— esa es la vocación explícita de los institutos de psicoanálisis.(3)

Los polos que organizan la situación son claros: Freud clínico y Freud neurótico dan lugar a Freud autor. Y la posición del autor anda su base material en el fenómeno desnudo: la escena transferencial. ¡Posición de libertad y de riesgo que nos cuesta preservar!

El pensar el inconciente es inventado y se instituye en esa escena singular, pero adquiere, con la teoría —es decir con la existencia de un saber instituido— un nuevo polo de referencia, a la vez necesario y parásito. Necesario porque sólo el genio puede fundar una comprensión desde lo inédito. Parásito porque atenta contra la dimensión insólita que es propia a la emergencia del inconciente.

En la posición de riesgo y angustia que conlleva el descubrimiento (el horror de lo impensable que es inherente al inconciente) la situación del alumno es irreductible a la del fundador.

En la posición de alumno —y en ese sentido después de Freud todos lo

somos— deviene, pues, una posición estructuralmente diferente. Posición que está amenazada por lo que llamaré efecto ideológico del saber instituido. Efecto ideológico que se expresa como halo de prestigio, como ilusión de poder, confort de adherir a lo establecido y conjurar así el horror de lo insólito.

En la posición de analistas estamos atrapados en la paradoja imposible, a discernir, de un saber sobre el fantasma y un fantasma sobre el saber. Que ese saber comienza y quizás concluye en un diván, es un hecho sabido que yo comparto. ¿Cómo dar cuenta de ese momento fundante y de sus dificultades? Por un lado, está toda la dificultad metodológica para dar cuenta del pasaje de la experiencia singular a la generalización, que abre el capítulo del estatuto epistemológico del psicoanálisis, al que no voy a entrar. Sí quiero subrayar el lugar del análisis personal en la futura relación con la teoría y la institución. En esa yunta —analista y analizando— se dará el momento fundante: cuanto corresponde a cada uno se aclarará en el infierno.

El nudo es saber si esa referencia identificatoria primera se hace con la figura del analista y su saber o con su falta (allí donde reina el error y la contradicción). Yo pienso que sólo de la segunda alternativa podrá salir un analista. Por eso, la cualidad del silencio del analista, aquella que con la no—respuesta facilita el parto de la verdad del analizando o la otra, la que propicia la indistinción entre el “sujet—suposé savoir” y el saber absoluto de la magia infantil. Que allí quede una escanción y un intervalo junto con la marca identificatoria o que se busque en el espejo identificatorio una garantía última como sostén de la práctica. Allí me parece situarse el punto nodal que marca la castración en el camino para devenir analista. Es a partir de esa falla que se puede hacer el tránsito entre el padre de la realidad y el padre mítico, soporte de *un* orden simbólico

El dilema se presenta con doble filo: no podemos decirnos y proponer a la gente que improvise y caucionar con ello la ignorancia y el disparate, pero, ¿cómo ser alumno sin ser repetidor? ¿Cómo escapar a la asfixia letal del discurso universitario y a los efectos de muerte que Convoca?

Puedo resumir mi reflexión en el reconocimiento de la teoría, como siendo el mejor y peor de nuestros instrumentos. Lo que es a preservar es que el pensar analítico sea como el acto de engendrar un hijo (o un lapsus): un gesto a definir

y a sostener *en y por* su singularidad.

Bleger nos enseñaba que el único saber legítimo era aprender a pensar; a operar con lo desconocido. Y es en esa tradición mayéutica que Freud construyó su teoría. Octave Mannoni destaca con humor la manera en que Freud trabajó con disparates y cosas absurdas —las así llamadas teorías de Wilhelm Fliess— y les dio un lugar y una función creativa en el desarrollo de su pensamiento. Nada me parece más elocuente para ilustrar el lugar en la teoría de la certeza y el error.

El desafío o el peligro no es entonces la buena o mala teoría, sino su lugar en la escena transferencial. El peligro es escuchar a la teoría antes que al paciente —y cuántas veces eso ocurre!!— y usarlo como primer hito de comprensión. Es en ese punto que el descubrimiento se hace dogma y la teoría se hace ideología y donde por definición se obtura el desgarró, la falla, el absurdo, que es la única puerta de entrada, el único acceso al inconciente. Nuestro saber —si lo hay— se escribe en singular y en negativo; es saber de lo inasible, es saber desde una sombra (4). Es saber sobre la falta, sobre lo radical e irrevocablemente perdido.

¿Cuál es entonces el saber que remite a la escucha del inconciente? La respuesta no parece obvia ni simple. Está sin duda la obra monumental de Freud, con sus logros, sus oscuridades, sus contradicciones, como referencia ineludible. Referencia ineludible que se complica en tanto que su pasión de descubridor predomina en mucho a su condición de sistematizador.

Freud dio —creo que en “Análisis terminable e interminable”— una fórmula tan iluminadora como críptica: “sólo aquél que ha captado en sí mismo un fragmento de su propio inconciente, podrá estar habilitado a la escucha del inconciente del otro”. Libre asociación del paciente y atención flotante del analista son los inventos de Freud para definir el diálogo analítico.

De acuerdo, pero, y entonces: ¿Cuál es el lugar y la función de la teoría? ¿Cómo —con esa fórmula genial— estar a salvo de la improvisación de cualquier bruto omnipotente y delirante, que rellena con cualquier cosa que se le ocurra, la noción clave del inconciente?

Creo que es en esta encrucijada, por este camino, que Freud llegó a la formación de la Institución Psicoanalítica; la I.P.A., cuyos estatutos redactó

Ferenczi, entonces del fin de Freud, por 1911. Institución llamada a ser garante de la frontera entre ciencia y charlatanería

DE LA TEORIA A LA INSTITUCION

(O los pretextos de la transmisión del saber)

Para que haya Psicoanálisis, no alcanzan un paciente y un analista; se requiere además de ambos, un colega de este último.

Todos sabemos —con Freud— que en el humano la soledad es desam18 paro. Como analista formarse solo es imposible. Sólo el genio lo soporta

y aun así arriesga volverse loco. Por otra parte, en el humano, la necesidad de reconocimiento y legitimidad se plantea en toda edad, en toda posición en todo quehacer. De ahí lo gregario como necesidad y cada uno lo resuelve como puede. Es una razón por la que, en algunos esfuerzos para comprender la génesis de la psicosis, un eslabón central es comprender el fracaso del reconocimiento en la cadena generacional de aquí que sea fácil de comprender la necesidad de “pertenecer a”, es decir, la teoría y la institución como garantes de un saber sobre el inconciente. Lo que es menos fácil de aceptar son los efectos de cierre y de ceguera que se sobreagregan a esa pertenencia. Lo que Freud marcaba sobre la Iglesia y el Ejército; ¿no debe revertirse a nuestras organizaciones más o menos “corporativas”? (6)

La institución psicoanalítica: sus 70 años de vida no son una expresión brillante de salud colectiva, lugar imprescindible (!?) para la transmisión del saber. Lugar necesario, pero alienante que alberga siempre la virtualidad de la asfixia. Lugar del saber —de la búsqueda científica— y, quiérase o no, lugar de reconocimiento y por tanto de poder y de prestigio.

¿Quién marca la frontera entre la pasión del descubrimiento y el proyecto conservador de transmisión de lo sabido y asfixiante de lo nuevo? Más allá de contingencias circunstanciales, la historia de escisiones se repite tanto que uno termina por escucharla. ¿De qué da cuenta sino de la incertidumbre de lo que nos funda y legitima? ¿Cómo conciliar la enseñanza, transmitir lo adquirido, y la vocación de descubrir que es inherente a toda búsqueda y fundante de nuestra práctica?

Hoy día, entre el éxtasis de la marginalidad y la pasión alienante de la institución, la respuesta es, felizmente, poco clara.

En todo caso puede servirnos como advertencia: el mismo movimiento que funda la referencia teórica y la pertenencia institucional alberga la potencialidad

de empujarnos al sistema, al efecto de cierre, del que no se sale sin un permanente combate.

A este respecto, quiero mínimamente puntualizar:

Lo que en la institución llamamos la *didáctica*, y en la escena analítica llamamos identificación, redoblan dos procesos cuya interacción no es fácil de discernir. La *relación* entre *Formación* y *Filiación* me parece un desfiladero que constituye (en la doble faz de su fecundidad y su Patología) problemas esenciales de nuestro ser de analistas.

La filiación reenvía, por una parte, a la infancia y a la escena edípica con sus corolarios de sublimaciones y deseos no resueltos, palpitando como perversión o como masoquismo, los que seguramente fueron ejes centrales de nuestro análisis.

Por otra parte, la genealogía analítica reproduce —de un modo crea-o patológico— la castración y/o el reconocimiento, que es la materia Propia del movimiento generacional.

B. Penot hacía notar que en la genealogía analítica (como en la aristocracia y en el psicótico) parecía ser un signo de valor la ascendencia monogámica lineal y unívoca, rehusándose la noción de entrecruzamiento de heterogamia, que es propia del verdadero engendramiento.

Es este redoblamiento de escenario ancestral infantil y de genealogía analítica el que dará a nuestra identidad su marca de rigidez y plasticidad, sus formas de autonomía y dependencia, para usar parámetros del querido José Bleger.

¿Cuáles son las formas creativas y cuáles las patógenas de la inserción en nuestros grupos de pertenencia?

El modelo etnológico enseña, en todas partes y en todo tiempo, que lo ajeno, lo distinto, se transforma en lo extranjero y deviene de inmediato inferior y hostil. En teoría en la institución psicoanalítica a veces no estamos lejos de las sociedades primitivas: la exclusión y la prohibición.

¿Cuáles son los límites del reconocimiento recíproco y (le la diferencia, fuente de rechazo?

¿Qué y quién —fuera y dentro mío— son garantes y me reconocen como analista?

Definirnos en nuestro origen freudiano y agregar, soy kleiniano, lacaniano, o remitirse a tal o cual autor, recubre una normalización de la respuesta que oculta el problema que quiere plantear y ubica el análisis como ideología, porque obtura el “no saber” que es el centro de la función analítica, la falla que ordena lo medular de nuestro quehacer.

DE LA RELACION DEL ANALISTA CON LO POLITICO

En momentos difíciles de nuestra historia personal y colectiva no fue fácil de mantener y sostener la coherencia y, por lo tanto, la diferencia entre uno y otro plano de acción; discernir sus puntos de contacto, como puntos de encuentro y como fronteras que no se deben franquear.

Pienso que debemos denunciar, por tramposa, nuestra tentación de asimilar una continuidad entre el objeto de nuestra gestión política y el objeto de nuestra acción profesional. No se hace ningún favor, ni a la escena analítica ni al proceso social, si se confunden y unifican sus desafíos en la continuidad y seudocoherencia de un discurso híbrido.

El objeto, en psicoanálisis, es objeto del deseo, remite a la carencia fundamental que nos organiza como sujetos sufrientes, a la búsqueda incesante de lo perdido irremediablemente. Sea cual sea el código teórico que apoye nuestras formulaciones, —el de *castración*; el de fantasías originarias; el de ansiedades básicas y relaciones objetales primitivas; sea el de esclavitud y autonomía del yo; sea el de la inscripción del signifi20 cante en el lenguaje— todos remiten al universo de una subjetividad íntima y solitaria. Y el logro de la cura es la demolición de la ilusión, es la admisión del límite y del fracaso.

El objeto —en la vocación militante— nace de lo intolerable, y la función de la ilusión, del mito de reducir y modificar lo irreparable que se inscribe en otro registro, en donde el aprendizaje del fracaso se fija en otra Historia, ésta con mayúscula, que no es la individual, sino otra que la trasciende.

Si la vocación, el proyecto de síntesis que me guió (que guió a un grupo de investigación, en que yo participaba), no pareció conducir a resultados muy

fructíferos, estoy lejos de pensar a esa trayectoria como un esfuerzo vano y un fracaso.

Si el objeto en psicoanálisis y en la práctica política no nos parecieron armonizables, el ejercicio de nuestra condición de sujetos de ambas escenas las enriquecieron, a mi entender, recíprocamente.

La posición mítica del analista en su sillón, la atribución de un saber en que su analizando lo instituye de la mañana a la noche, y el duende fecundante con que investimos nuestra palabra, nos invitan a una indistinción entre la persona y el personaje, con el goce narcisístico (para el personaje) de sentirse poseedor de una potencia ultrahumana. Potencia narcisista del personaje que funciona como pobre máscara, para mal—ocultar en el narcisismo la pulsión de muerte, los automatismos de repetición; que ahogan toda inventiva y creatividad. Para ese personaje del sillón, arriesgarse en la vida y en la historia social, cumple una función desalienante, altamente terapéutica para el terapeuta.

En el otro lado, para el mundo mistificante y maniqueísta del quehacer militante, para la dimensión ilusoria del ideal político, para el proyecto totalizante y de vocación totalitaria del ideal revolucionario, el ejercicio de la castración y de la denarcisización que es inherente a la perspectiva de una mirada psicoanalítica, ofrecen la posibilidad de una gestión específica que no me cansaría de elogiar.

No es la afinidad del objeto, sino precisamente su heteronomía radical, lo que genera un campo de contradicción que es justamente lo específico y enriquecedor de una dialéctica entre las dos escenas, en la que, nuestra posición singularmente excéntrica, tiene un rol específico a cumplir.

Contradicción y ruptura entre dos lugares de ser, entre dos identidades en conflicto, que de asumirlas de modo comprometido y responsable, *sin* resignación a falsas síntesis, nos permitirá ser *menos* tontos como sujetos y dar nuestro aporte legítimo al proceso histórico en el que participamos.

Febrero 1980

NOTAS

- (1) Michel Foucault: "El orden del discurso", Lección inaugural del College

de France. 2/XII/70— Pág. 16. Ed. Tusket.

(2) J. L. Austin: "How to do things with words" Oxford 1962. Quand dire c'est faire. Seuil 1970.

(3) Ver la lectura de la correspondencia, el texto de Octave Mannoni: Descubrimiento Inconciente y el de Didier Anzieu sobre "El autoanálisis".

(4) "S'agissant d'un appel a une determination inconsciente, la pretensión a dire *le vrai* est une entreprise terroriste". F. Gantheret. "Tratándose de un llamado a una determinación inconciente la pretensión de decir *lo verdadero* es una empresa terrorista".

(5) Este capitulo fue discutido con Ph. Gilard a quien debo buena parte de las ideas que se exponen.

(6) Michel Schneider: Blessures de Mémoire. Gallimard. Paris. Françoise Roustang: Un destin si funeste. Collection Critique, París.